

ARTÍFICES No.8

25
HISTORIAS

“Piensa bonito, habla bonito, teje bonito”

Hugo Jamioy, etnia Kamëntsá,
Valle del Sinbunday, Putumayo, Colombia.



ARTÍFICES 8

25
HISTORIAS

ARTESANÍAS EMBLEMÁTICAS COLOMBIANAS





El artesano es aquel que utiliza su ingenio y destreza para transformar materias primas en creaciones propias que manifiestan su cultura, su vivir y su sentir.

No hay duda de que las artesanías son parte de nuestra herencia cultural, y que ellas guardan el legado nuestros ancestros. Sin embargo, y como se ha demostrado en los 53 años de existencia de Artesanías de Colombia, su elaboración, de forma organizada, es un mecanismo de desarrollo no solo para las comunidades artesanas del país, sino para las regiones. Artesanías de Colombia en alianza con entidades y gobiernos locales ha generado los Laboratorios de Diseño e Innovación, en donde funcionarios de la entidad trabajan con los artesanos en módulos de talleres y capacitaciones que incluyen la caracterización de los beneficiarios, el co-diseño de productos, y la comercialización y mercadeo de los mismos. Lo anterior lleva a un empoderamiento y dinamismo de la actividad artesanal y, por ende, al progreso local.

En estos espacios creativos, además de incentivar, siempre bajo el máximo respeto, la creación de productos innovadores acordes con las tendencias del mercado mundial, se hace énfasis en la importancia de adoptar formas organizativas como lo son las asociaciones, las cooperativas, las corporaciones o las federaciones, entre otras.

En el marco de estos desarrollos encontramos los trabajos de joyería de norte a sur del país que aquí se resumen en siete historias de trabajo con el oro y la plata que van desde el sur en barbacoas hasta ciénaga de oro y mompox en el norte.

Del mismo modo se exploran trabajos en madera como el que da paso a la luthería del pacífico o a las manifestaciones contemporáneas del área andina.

Son historias que expresan una identidad de región y que el a suma aportan a una general de nación.

ANA MARÍA FRÍES MARTÍNEZ
GERENTE GENERAL ARTESANÍAS DE COLOMBIA

1. VOCACIÓN DESCUBIERTA

Cuando **Estella Benítez** terminó el bachillerato cuatro de sus siete hermanos comenzaron a entregarle argollitas para que aprendiera a soldarlas en su tiempo libre. Aunque desde chiquita había visto a su abuelo y a su padre trabajar la filigrana, jamás pensó seguir el mismo camino. Fue hasta los 23 años que asumió la vocación por el oficio. La mañana la dedicaba a ayudarle a su madre en los quehaceres de la casa, y la tarde la consagraba a la joyería.

Poco a poco adquirió destreza para soldar, estirar el hilo, elaborar los ganchos para los aretes, hacer cadenitas de espartillo, tejer nudos y crear sus propios diseños. Según Estella, gracias a la dedicación y a la práctica diaria se ha formado como joyera en un oficio en el que, generalmente, son los hombres los que se destacan.

A los 55 años, asegura estar enamorada del oficio y cumplir juiciosamente con la rutina de producción. Diariamente realiza con finos hilos de plata diseños de flores, rosas vestidas de ocho pétalos, nudos tejidos, abanicos, mariposas, corazones, pavos reales y faroles para gargantillas, aretes, dijes y anillos. El más complejo y delicado es el farol, ya que para lograrlo necesita trabajar ocho horas diarias durante dos días. Por eso se ha convertido en una de las pocas joyeras capaz de realizar ese diseño en Santa Fe de Antioquia, una región en donde el oficio de mayor antigüedad es la joyería, la cual se ejerce desde la época colonial.

Estella trabaja en la Joyería Benítez, fundada por su hermano Francisco hace más de 30 años y la cual cuenta con un punto de venta en el taller. Mientras él se dedica a las piezas de oro, ella y dos sobrinas se concentran en el trabajo de la plata, una material que la seduce y que puede manipular con mayor destreza.

Aunque crea joyas todos los días, Estella tiene muy pocas y las usa en contadas ocasiones.

Cuando no está en el taller le gusta bailar. Dice que su manera de descansar es entregándose a la música folclórica y a los bailes tropicales. En el baile ha encontrado el mejor aliado para salir de la rutina. Mover el cuerpo la ayuda a retomar sus labores con facilidad y a concentrarse, durante horas, en el delicado arte de la filigrana.

SEGÚN ESTELLA, GRACIAS A LA DEDICACIÓN Y A LA PRÁCTICA DIARIA SE HA FORMADO COMO JOYERA EN UN OFICIO EN EL QUE, GENERALMENTE, SON LOS HOMBRES LOS QUE SE DESTACAN.



2. DE USIACURÍ PARA EL MUNDO

Casi sin darse cuenta **Yaneris Angulo** aprendió a tejer. Su abuela y su madre le transmitieron los secretos de la palma de iraca y le enseñaron las puntadas y los diseños tradicionales. Después de tener a sus dos hijos y de convertirse en madre cabeza de familia, decidió cumplir un sueño que tenía de niña y, con el apoyo de sus padres, se inscribió en el programa de Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad del Atlántico.

Cuando regresó al municipio de Usiacurí, Atlántico, retomó la tejeduría. En el Sena estudió técnica de Artesanías, y Desarrollo y Emprendimiento Artesanal. Estaba lista, pero aún no sabía cómo poner en práctica lo aprendido. Entonces se dedicó a tejer todo el día. Lo poco que ganaba le alcanzaba para comprar la comida y pagarles el transporte del colegio a sus hijos. Según Yaneris, tejer y vender se convirtió en un círculo vicioso.

La situación cambió cuando su hijo mayor se ganó una beca para estudiar ingeniera en Barranquilla. Como proyecto de grado desarrolló una empresa artesanal. Fue él quien la convenció de transformar el modelo de negocio eliminando los intermediarios y encargándose de los clientes grandes. Así comenzaron a organizarse, cambiaron la visión del trabajo, generaron empleo en el municipio y le dieron más valor a la tejeduría.

Yaneris decidió llamar a la empresa Yaranma, un vocablo de los indígenas mocanas que significa manos de araña. El taller hoy cuenta con nueve artesanas de base, pero puede llegar a tener hasta

cien en tiempos de feria o cuando recibe grandes pedidos de los clientes que tienen en Cali, Medellín, Barranquilla, Manizales y Bogotá. Yaneris compra los cogollos de la palma de iraca que llegan procesados desde San Cayetano, Bolívar, y se encarga de repartirlos entre las artesanas. Cada una trabaja desde su casa, ya que es la mejor manera de combinar las labores del hogar con la artesanía. Durante ocho horas diarias se dedican a tejer productos para la línea de mesa y comedor, una de las más solicitadas, para la línea de accesorios, la línea de oficinas y la línea de souvenirs.

Otra parte del trabajo la dedican a la moda. A Yaneris la han buscado diseñadores como Amalín de Hazbún, a quien le ayudó a crear el vestido de la señorita César para la noche del vestido artesanal en el Reinado Nacional de la Belleza de 2014, y Francesca Miranda, a quien le tejió decenas de atrapasureños para el lanzamiento de la colección Atrapa tus sueños en 2012. Ahora está tejiendo bolsos y aretes de palma de iraca para la colección de otra reconocida diseñadora barranquillera que pronto se lanzará en una pasarela internacional.

A los 48 años, es una de las artesanas con más fama en la región. En su tiempo libre le gusta leer, transmitirles a los niños el gusto por el estudio e investigar en revistas y en internet nuevos diseños y gamas de colores para sus productos. Su sueño es que Usiacurí sea reconocido como un municipio artesanal a nivel mundial. Yaneris está segura que, como todo en la vida, eso también se le dará.

A LOS 48 AÑOS, ES UNA DE LAS ARTESANAS CON MÁS FAMA EN LA REGIÓN. A YANERIS LA HAN BUSCADO DISEÑADORES COMO AMALÍN DE HAZBÚN Y FRANCESCA MIRANDA, A QUIEN LE TEJIÓ DECENAS DE ATRAPASUREÑOS.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



3. EL ARTE DE LA PACIENCIA

Hasta hace unos años, los momposinos que manifestaban su deseo de trabajar la filigrana tenían que pasar por una especie de ritual de iniciación que se conoce como "la prueba de la paciencia". Con un palito que le entregaban al futuro joyero lo ponían a batir, desde las ocho de la mañana, una vasija con agua hasta que se pusiera espesa, lo que por supuesto jamás ocurría. Si después de la siesta del mediodía el aspirante regresaba, el maestro joyero lo iniciaba en el oficio.

Según **Jhonnys Pedrozo**, ha sido la paciencia la que ha hecho de él un buen joyero. Comenzó desde muy pequeño, al igual que lo hicieron su abuelo y su padre. Su primera tarea fue ajustar las boquillas, dos pequeños círculos que se usan para pegar las piezas que tienen argollas. Un día, cuando su padre estaba fuera del taller, se sentó en la mesa de trabajo y decidió lanzarse a poner algunos lujos en las joyas. El experimento resultó tan bien que, desde ese momento, empezó a hacer maquetas de anillos y aretes, a laminar la plata y el oro, y a responsabilizarse por la terminación de las joyas.

Del taller de su padre salió para la Joyería San de Mompo, luego pasó a la Joyería Kena, donde

sintió el impulso y la motivación de independizarse. A los 27 años, compró la maquinaria necesaria y abrió el taller Jhonnys Joyeros, donde hoy trabajan cinco especialistas en filigrana. Al mes transforman 500 gramos de plata en anillos, pulseras, dijes y aretes con diseños de rosas, rosetas y animales como el colibrí, el gallo y la libélula. También trabaja diseños exclusivos para clientes de Cali y Medellín, como el pectoral que diseñó para Colombiamoda, una pieza de 100 gramos de plata con lágrimas y rosas en alto relieve.

Jhonnys se levanta a las seis de la mañana, abre el taller y se sumerge en sus labores hasta el mediodía. Luego de una hora sagrada de siesta, retoma el trabajo. A las cinco de la tarde, cuando termina la jornada, enciende el computador y se dedica a otra de sus pasiones: buscar en diferentes páginas web nuevos estilos y tendencias en joyería, como las joyas con volumen, que ahora están en furor. A los 42 años, sueña con asistir a ferias internacionales y abrir un punto de venta en el centro de Mompo. Sin embargo, Jhonnys no tiene prisa. Sabe que si tiene paciencia todo sucederá en el momento preciso.

SEGÚN JHONNYS PEDROZO, HA SIDO LA PACIENCIA LA QUE HA HECHO DE ÉL UN BUEN JOYERO. COMENZÓ DESDE MUY PEQUEÑO, AL IGUAL QUE LO HICIERON SU ABUELO Y SU PADRE.





4. LA IDENTIDAD DE SOMONDOCO

NOHEMÍ SE LANZÓ A LA POLÍTICA PORQUE QUERÍA SERVIR A LA COMUNIDAD E INSTITUCIONALIZAR LAS CAPACITACIONES EN CESTERÍA Y TEJEDURÍA QUE TANTO LES HAN SERVIDO A LAS MUJERES DEL MUNICIPIO.

Nohemí Sánchez siempre creyó que lo suyo eran los sistemas, pero hace 22 años unos talleres que organizó la gobernación de Boyacá la hicieron cambiar de idea. En ese tiempo se dictaron cursos de panadería, modistería, creación de muñecos de peluche y cestería en calceta de plátano. Como no existía una artesanía que representara la identidad del municipio de Somondoco, Nohemí decidió explorar la cestería y abrirse a un nuevo conocimiento que, según intuyó, podría servirle a ella y a su pueblo. La capacitación fue básica, pero bastó para que Nohemí y otras nueve mujeres se entusiasmaran por el oficio.

Decidieron perfeccionar la técnica, el corte y el tejido, tomar talleres sobre diseño y formar una empresa asociativa artesanal que llamaron La esperanza. De las diez artesanas que comenzaron hoy

quedan siete y, hace poco, se les sumó un zootecnista que las ayuda con las labores más pesadas, como la recolección de la materia prima y la entrega de mercancía. Con la ayuda del municipio montaron un punto de venta y un taller en donde se reúnen a tejer de lunes a sábado. Con la fibra que sacan de las hojas secas del plátano hacen canastos, bolsos, correas, billeteras, carpetas, individuales, baúles, sombreros y contenedores que envían a Pereira, Barranquilla y Bogotá, y que algún día esperan exportar a Estados Unidos y Europa.

Nohemí fue concejal de Somondoco durante el periodo 2007-2011. Se lanzó a la política porque quería servir a la comunidad e institucionalizar las capacitaciones en cestería y tejeduría que tanto les han servido a las mujeres del municipio. Aunque

asegura que no volvería a incursionar en la política y que lo suyo son las artesanías, gracias a su gestión el conocimiento de la cestería en calceta de plátano se ha llevado a otras regiones de Colombia como Yopal y San José del Guaviare, donde decenas de mujeres se han beneficiado con el oficio.

A los 47 años, Nohemí asegura que lo mejor de su trabajo es la posibilidad de enseñarles a las mujeres todo lo que se puede hacer con el poder de las manos. Su próximo proyecto es la creación de una página web en la que la gente de todo el país pueda conocer sus productos. La idea es eliminar los intermediarios y facilitar la venta directa con el artesano. Para ella, es un paso más en la consolidación del trabajo de tantas mujeres. Una vía para darle a la cestería el valor que se merece.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

5. SUBIENDO ESCALONES

Para **Blanca Hernández** un buen artesano debe adquirir el conocimiento paso a paso. Su abuela se dedicó a la cestería y le heredó a su madre la sabiduría del oficio. Cuando Blanca cumplió cinco años, su madre inició el largo proceso de transmitirle lo que sabía. Empezó haciendo asientos, que son la base de los cestos, y así supo cómo pegar, anudar y dividir las hebras. Luego aprendió el proceso de extracción de la fibra de esparto, que se consigue en los páramos de Toquilla, Palermo y Güina, en Boyacá. Observó cómo se cocina la fibra durante cuatro horas para acelerar el proceso de blanqueamiento y se extiende al sol por quince días hasta que esté seca.

Elaborando asientos supo cómo tramar un producto con dos y tres hebras, y haciendo cazuelas cómo se debe amarrar la fibra para que el producto sea resistente. Después pasó a hacer canastos en los que debía poner a prueba el conocimiento del uso del color. Cuando dominó las diferentes gamas, pasó a la realización de productos como bandejas, contenedores y paneras que le exigían dominar formas ovaladas, rectangulares y cuadradas.

Según Blanca, la maestría llegó el día en que se lanzó a crear diseños exclusivos y a mezclar el esparto con materiales como el cobre, el estaño, el fique y la fibra de la palma de iraca. Muchos estudiantes de diseño de la Universidad Pedagógica Tecnológica de Tunja la han buscado para trabajar con ella diseños de muebles y bandejas de madera y esparto.

A los 40 años, Blanca quiere tejer todos los productos que las manos le permitan. Con tristeza dice que el continuo movimiento de los dedos y la fuerza que debe ejercer al unir las hebras le generaron un desgaste en las articulaciones que, dentro de un tiempo, la alejará de la artesanía. Por eso se ha dedicado a buscar otras alternativas de vida. Las

mañanas las dedica al hogar y las tardes al estudio de administración de empresas farmacéuticas en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja, donde cursa tercer semestre.

Sin embargo, Blanca aún no abandona la cestería. Todos los días se encierra en el taller que tiene en su casa, en el municipio de Cerinza, Boyacá, y teje de seis de la tarde a once de la noche. Para continuar con la tradición les transmitió a sus dos hijas el conocimiento. Ellas la ayudan a tejer y a enviar mensualmente los pedidos que le hacen de Cali, Medellín, Pereira y Manizales. Con fe espera que las manos resistan y los dedos se muevan lo suficiente para seguir honrando el saber que recibió de su madre.





6. TESOROS DE MARAMATO

James Lemus estaba decidido a estudiar automatización industrial, quería aprender de electrónica y volverse un duro en los temas de robótica. Sin embargo, cuando se graduó del colegio descubrió que la carrera con la que soñaba comenzaría a dictarse en una universidad de Manizales seis meses después. Su padre, que trabaja en minería, le sugirió que durante esos meses se enfocara en otra actividad y aprendiera joyería.

James ingresó a la Asociación de Joyeros de Marmato y se enamoró del oficio. Lo cautivó la creatividad que le exige el diseño de joyas, el trabajo con distintos metales y las posibilidades comerciales de la joyería. Empezó explorando la fundición y el laminado, después pasó a la técnica de la cera perdida, un antiguo procedimiento que permite obtener figuras de metal por medio de un molde de cera de abeja, y hace poco terminó un curso de filigrana.

En sus inicios montó un local en el centro de Marmato, Caldas, pero por los altos costos del arriendo decidió cerrarlo y potenciar el comercio a través de las redes sociales. Hoy da a conocer su trabajo en la cuenta Joyería Marmato que tiene en Facebook e Instagram, y está montando una página web que le permita proyectar el negocio.

Mientras él se dedica a crear diseños exclusivos para pectorales, anillos, dijes y cadenas, y a explorar la mezcla de materiales como el oro, la plata, la madera, la guadua, el ladrillo y la resina, sus dos ayudantes se encargan de pulir, reparar materiales, sacar hilos y coser láminas de plata. La otra parte del tiempo la dedica a la enseñanza. Junto a docentes de Artesanías de Colombia y líderes joyeros comenzó a enseñar el oficio en 2003. La idea era hacerlo por seis meses, pero le quedó gustando. A los 34 años, ha capacitado a mujeres, a mineros y a niños de 12 años que se han encarrutado con la técnica y el oficio.

En 2007 montó un proyecto con el colegio de Marmato para que los estudiantes, que salían con especialización en minería, realizaran un énfasis en joyería. La idea tuvo tanto éxito que en 2010 el Sena se involucró y legitimó el título de bachiller técnico con énfasis en joyería. Con su empresa, James espera generar más trabajo y fortalecer la mano de obra del municipio. Además, quiere crear una línea especializada en diseños exclusivos. Cuando recuerda su gusto por la robótica dice que no se arrepiente del camino elegido. La joyería siempre fue su destino.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

7. PASIÓN POR LA JOYERÍA

Gabriel Ortiz siempre quiso ser joyero. Creció viendo a su papá manipular el oro y a los diez años decidió sentarse junto a él y observarlo trabajar. Viendo y preguntando fue conociendo la técnica y aprendiendo el oficio. Luego de un tiempo recibió sus primeras tareas: con el cobre debía armar cadenas, aretes y argollas sencillas, y con la plata soldar sus creaciones. A los 16 años supo que estaba listo para trabajar el oro y se retiró del bachillerato para consagrarse a la joyería. Un primo joyero que vivía en Cali lo ayudó a pulir la técnica y se encargó de enseñarle los trucos de la filigrana. También le mostró cómo hacer diseños más complejos, candongas y cadenas con relieve.

Fue en ese momento cuando decidió hacer del oro su material insignia. Para él, la dureza y el brillo del material representan un reto mayor. Todos los fines de semana, cuando los mineros de las veredas de Guapi llegan al pueblo, Gabriel compra los gramos de oro con los que va a trabajar en la semana. Sus diseños más conocidos son la cruz, la rosa, la mariposa, el cisne y el ancla. Para estar actualizado le llevan joyas de Mompox, de Cali, de Barbacoas y de municipios del Chocó que le sirven para inspirarse y conocer qué otras técnicas y diseños se están implementando en la joyería. A veces los clientes le piden diseños de animales específicos, como la rana y el búho, que él consigue plasmar en anillos y aretes observando libros de biología.



Hace cinco años abrió en el centro de Guapi el taller Joyería Clelio Ortiz, en honor a la memoria de su padre. Todos los días llega a las siete de la mañana y trabaja hasta las siete u ocho de la noche. Lo hace solo, pues no ha querido contratar ayudantes. Dice que no se siente cómodo transmitiendo su conocimiento a personas desconocidas. Además, los secretos que aprendió con su padre y su primo los atesora para cuando sus dos hijos, de 15 y 16 años, se sientan listos para aprender el oficio.

A los 48 años, su propósito es potenciar el negocio y poder llevar sus creaciones a ferias artesanales que le permitan explorar nuevos horizontes. Pero lo que más le interesa es que sus hijos se entusiasmen con la joyería y se enamoren del oro. Para Gabriel, es la única manera de preservar el conocimiento que ha acompañado a su familia.

GABRIEL DICE QUE NO SE SIENTE CÓMODO TRANSMITIENDO SU CONOCIMIENTO A PERSONAS DESCONOCIDAS. ADEMÁS, LOS SECRETOS QUE APRENDIÓ CON SU PADRE Y SU PRIMO LOS ATESORA PARA CUANDO SUS DOS HIJOS, DE 15 Y 16 AÑOS, SE SIENTAN LISTOS PARA APRENDER EL OFICIO.

8. INSTRUMENTOS ANCESTRALES

Desde pequeño a **Jainer Cuero** lo emocionaba ver a su padre agarrar el machete para darle vida a marimbas de chonta, cununos y bombos. Admiraba cómo su madre utilizaba toda su agilidad para crear con guadua y semillas de achira guasás, esos sonajeros ancestrales del Pacífico que le sacudían el alma con el sonido.

Por la mañana estudiaba en una escuela de Guapi y por la tarde se la pasaba en Artesanías Leidy, un taller dedicado a la fabricación de instrumentos tradicionales fundado por su padre hace 25 años. Con la mirada Jainer seguía a su padre durante todo el proceso. Le gustaba ver cómo nacían sonidos que rememoraban la historia de los habitantes del Pacífico y lo conectaban con el espíritu de la selva. A los 14 años, hizo su primer bombo, que es su instrumento preferido. Así aprendió a labrar, pulir y templar instrumentos que venden en Cali, Tumaco y Barbacoas.

Para hacer un bombo necesita tener madera de balso seca, y la piel de un venado y de un tatabro para hacer la membrana del instrumento, la cual se ensambla con la ayuda de unos aros. La del venado, que se utiliza para lograr un sonido más claro, va en la parte de arriba del bombo. La del tatabro, que le da brillo al sonido, va en la parte de abajo. Para Jainer la fabricación del cununo, que también se hace con balso, representa un reto mayor, ya que al ser cónico tiene una medida para la base y otra para la membrana de arriba, en la que generalmente se utiliza piel de venado o de ternero. Además existe el

cununo hembra y el cununo macho, que se diferencian por el tamaño y la potencia del sonido.

Jainer tiene 21 años y es el tercero de cuatro hermanos. Los dos mayores tomaron otro camino, pero él siempre tuvo claro que su destino estaba entre los sonidos de su tierra. Sabe tocar el cunuco, el bombo, la marimba y el guasá, y hace unos años hizo parte de una agrupación caleña de salsa y música cubana, pero regresó a Guapi para ayudarle a su padre.

Su sueño es estudiar trabajo social y poder crear una fundación que inspire a su comunidad a través de la música. También quiere formar un grupo de música tradicional que fomente la promoción de la cultura del Pacífico colombiano en el mundo. Jainer lleva el oficio en la sangre. Para él, cada instrumento evoca la memoria de su pueblo. Una memoria cargada de sonidos y cantos que ha sabido permanecer en el tiempo.

JAINER TIENE 21 AÑOS Y ES EL TERCERO DE CUATRO HERMANOS. LOS DOS MAYORES TOMARON OTRO CAMINO, PERO ÉL SIEMPRE TUVO CLARO QUE SU DESTINO ESTABA ENTRE LOS SONIDOS DE SU TIERRA.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero sí al oficio referido en la historia.



9. EXILIO Y CREATIVIDAD

A los 19 años **Luis Piraza** tuvo que dejar su tierra. La violencia y la presencia de paramilitares en el Litoral de San Juan, Chocó, lo motivó a buscar, lejos de sus raíces, una mejor vida. Junto con otras cuatro familias de la etnia wounaan llegó a la capital en 2004. Se instalaron en el barrio Villa Hermosa de Ciudad Bolívar y comenzaron a abrirles camino a los otros 470 wounaan que hoy habitan el barrio.

Para mantener la tradición y la sabiduría de su pueblo, a los ocho años empezó a familiarizarse con la talla de madera. Con su padre, artesano y agricultor, hizo canoas y conoció el proceso de la talla de flechas, remos y bastones de poder. A los once años continuó su aprendizaje al lado de su madre, con quien aprendió a tejer vasijas, jarrones, fruteros y canastos para la pesca con la fibra de las palmas del werregue y el chocolatillo. Con el tiempo fue puliendo los diseños que simbolizan la cosmogonía de su pueblo. Supo cómo hacer la montaña, que representa la riqueza; la estrella, símbolo de la luz, la tierra y la unidad; el perro, animal de compañía y de caza, y el cacique, símbolo de sabiduría.

Gran parte del universo del Chocó lo ha perdido trabajando en Bogotá. Mientras allá vivía todo el proceso, desde el corte de la palma y la extracción de la fibra, hasta el tinturado y el tejido, aquí debe esperar a que sus amigos del Litoral de San Juan le envíen por correo 50 cogollos cortados en tiempo de luna menguante, lo que garantiza la calidad de la fibra.

Luego de su primera participación en Expoartesanías, decidió crear una línea de bisutería en werregue. Haciendo aretes, anillos y pulseras fue instruyéndose en joyería, pero Luis sabía que podía

llegar más lejos. Fue entonces cuando se le ocurrió agregar hilos de cobre bañados en plata y oro a sus creaciones. En Expoartesanías 2014 ganó el premio a mejor diseño con un jarrón de werregue tejido con hilos dorados. A los 32 años, trabaja con hilos de mejor calidad que traen desde Paquistán, con los que no solo hace jarrones, bandejas y platonos tejidos, sino una amplia línea de joyería que ha tenido mucho éxito.

Siete mujeres y tres hombres trabajan con Luis en el pequeño taller que tiene en su casa y que espera ampliar en un futuro. Por ahora quiere concentrar su energía en dos proyectos ambiciosos: la construcción de un museo wounaan que permita mantener viva la herencia de su pueblo, y la creación de una escuela en Bogotá donde se enseñe el lenguaje de la etnia. Para Luis es vital que los niños, que hoy están desconectados del oficio, comiencen a interesarse por el valioso conocimiento que habita en sus artesanías.

EN EXPOARTESANÍAS 2014 GANÓ EL PREMIO A MEJOR DISEÑO CON UN JARRÓN DE WERREGUE TEJIDO CON HILOS DORADOS. A LOS 32 AÑOS, TRABAJA CON HILOS DE MEJOR CALIDAD QUE TRAEN DESDE PAQUISTÁN, CON LOS QUE NO SOLO HACE JARRONES, BANDEJAS Y PLATONES TEJIDOS, SINO UNA AMPLIA LÍNEA DE JOYERÍA QUE HA TENIDO MUCHO ÉXITO.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

10. DE JOYAS Y TEOLOGÍA

La joyería le cambió la vida a **Abelino Palacios**. Todo comenzó a los 13 años cuando, por invitación de un amigo, trabajó como ayudante de joyería en un taller de Quibdó. Abelino había perdido a su padre a los ocho años y su mamá se dedicaba a cultivar la tierra para sostenerlo a él y a sus diez hermanos. En su familia nadie había trabajado en joyería, pero él se entusiasmó tanto con la exigencia creativa de los metales, que no le costó reconocer que ese era su camino. Cuando terminó bachillerato estudió licenciatura en teología. Desde entonces combina su pasión por las joyas con la enseñanza de los sacramentos en algunas iglesias de la ciudad.

A los 17 años abrió la Joyería Seven, donde elabora piezas exclusivas en oro y plata. Abelino hace diseños tradicionales de la región como canastos, hojas, rosas y la fauna del Pacífico en técnicas de filigrana como el alto relieve, el tomatillo, los hilos redondos y la filigrana plana. Hace seis años decidió hacer más por su comunidad y fomentar la creación de un centro artesanal para la venta y exhibición de joyas. También ayudó a consolidar la Asociación de Artesanos Emprendedores de Quibdó, compuesta por 25 joyeros y un grupo de artesanas que se dedican a la tejeduría de bolsos, sombreros y manteles con la fibra que extraen de la corteza de la damagua.

Gracias al apoyo que han recibido del Programa Nacional de Joyería, creado por Artesanías de

Colombia, el año pasado empezaron a frecuentar ferias y eventos organizados por la Cámara de Comercio que les han permitido llevar sus piezas a otras regiones del país y ampliar las vías de comercialización. Sin embargo, para Abelino lo más importante es transmitir el conocimiento y asegurar la entrega de un valioso legado.

A los 38 años, dice que es necesario inaugurar un mejor centro artesanal y una escuela de joyería en donde los muchachos del Chocó aprendan las técnicas del oficio. Desde su taller les ha enseñado a decenas de jóvenes. Primero les explica la terminología, qué es el oro y la plata, cuáles son sus aleaciones y qué herramientas necesitan para el trabajo. Después aprenden de fundición y comienzan a dominar las diferentes técnicas. Abelino lo hace como un gesto voluntario que simboliza la pasión y el compromiso que tiene con su pueblo.

**PARA ABELINO LO MÁS IMPORTANTE
ES TRANSMITIR EL CONOCIMIENTO
Y ASEGURAR LA ENTREGA DE UN
VALIOSO LEGADO.**

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



11. ESTIRPE DE JOYEROS

En Ciénaga de Oro, Córdoba, todos conocen a la familia Urán. Fue **Juan Hermenegildo Urán** quien se encargó de hacer popular a su estirpe. Aunque pertenecía a una familia de ganaderos, se enamoró de la joyería cuando comenzó a trabajar como ayudante en un taller. En los años cuarenta fundó la Joyería la Elegancia y se convirtió en uno de los joyeros más famosos del municipio. Todos los días ponía una mesa en la entrada de su casa con las pinzas, el laminador y la segueta, y se sentaba a trabajar. Le gustaba hacerlo mientras la gente pasaba y lo veía manipular los hilos de oro y plata con los que le daba vida a singulares piezas de filigrana.

Aunque sus creaciones más famosas eran los corazones y las cruces, Juan Hermenegildo se le medía a cualquier diseño que los clientes le propusieran. Esa misma pasión se las transmitió a sus 15 hijos, nueve hombres y seis mujeres, que desde pequeños conocieron los secretos del oficio. Diego Urán, el sexto de los varones, comenzó a los diez años a hacer aretes, dijes con forma de cruz y cadenas. En el día trabajaba en el taller y en la tarde estudiaba.

A los quince años conoció la filigrana y decidió seguir los pasos de su padre. Arrancó diseñando aretes y anillos sencillos, pero la experticia llegó el día en que le encargaron hacer en filigrana los famosos pescaditos de oro de Mompox. Para Diego, ese fue el reto que lo consagró al oficio. Ahora es capaz de hacer lo que le pidan, desde flores, corazones y distintos animales, hasta complejas figuras geométricas que comercializa en Montería, Cereté y Bogotá. A los 60 años, confiesa que le gusta oír música romántica mientras trabaja en un taller que montó con cinco de sus hermanos en la popular Calle del Comercio de Ciénaga de Oro.

En 1987 su padre fue condecorado con la Medalla a la Maestría Artesanal y, un año después, él y sus

hermanos comenzaron a asistir a ferias y a realizar capacitaciones. En 1995 Diego viajó a Taxco, México, para capacitar a 30 aprendices de joyería y, desde entonces, ha continuado enseñando todo lo que sabe. De sus seis hijos, solo uno quiso ingresar al oficio, por eso anhela que en Ciénaga de Oro aparezcan más muchachos que se entusiasmen por la joyería.

Pero el sueño que más lo persigue es la posibilidad de entregarle personalmente al papa Francisco, durante su visita a Colombia, un rosario en filigrana que diseñó hace unos años. Es una pieza única de 300 gramos de plata con una cruz de 20 centímetros de alto. Diego espera que la gobernación de Córdoba lo ayude a cumplir su propósito y pueda regalar una de sus creaciones más preciadas.

EN 1987 SU PADRE FUE
CONDECORADO CON LA MEDALLA
A LA MAESTRÍA ARTESANAL Y, UN
AÑO DESPUÉS, ÉL Y SUS HERMANOS
COMENZARON A ASISTIR A FERIAS
Y A REALIZAR CAPACITACIONES. EN
1995 DIEGO VIAJÓ A TAXCO, MÉXICO,
PARA CAPACITAR A 30 APRENDICES
DE JOYERÍA Y, DESDE ENTONCES, HA
CONTINUADO ENSEÑANDO TODO LO
QUE SABE.





12. SUEÑOS TEJIDOS

Los primeros recuerdos de **Juan de la Cruz Murcia** están asociados a la lana. Desde que tiene memoria ha escuchado el sonido seco del telar y ha sentido el calor del hilo entre las manos. Su mamá le enseñó a hilar y su papá, que también se dedicaba a la agricultura, a tejer en un telar manual. Nació en Cucunubá, pero cuando cumplió 15 años su familia se trasladó al municipio de Cogua, Cundinamarca, donde continuaron desarrollando el oficio.

Cuando terminó el bachillerato convocó a sus cinco hermanos (tres mujeres y dos hombres) y les propuso unir fuerzas para abrir una microempresa. La llamaron Tejidos Murcia Hermanos y durante muchos años se dedicaron a la tejeduría y la comercialización de ruanas, cobijas, cuellos y guantes. Mientras los hombres trabajaban en el telar, las mujeres se dedicaban a crear prendas en máquinas de coser. Pero en 1991, con la apertura económica que realizó el gobierno del expresidente César Gaviria, la dinámica del negocio cambió. En poco tiempo los ingresos disminuyeron radicalmente, los clientes desaparecieron y tuvieron que cerrar.

Despedirse del sueño que habían heredado de sus padres no fue fácil. Durante dos años Juan de la Cruz tuvo que emplearse como conductor de

transporte público. Dice que vivía triste y estresado hasta que un día de 1994 se armó de valor y arregló un viejo telar que tenía en su casa. Aunque sus hermanos ya habían seguido otro camino, él decidió abrir una nueva empresa y empezar a contactar a antiguos proveedores. Hizo una capacitación sobre comercialización e innovación, y volvió a intentarlo. Así nació Tejidos Juan Murcia, un taller que le ha devuelto la alegría que había perdido.

La especialidad de la empresa son las ruanas que hacen para niños, mujeres y hombres. Además de hacer la tradicional ruana de cuatro puntas han ido innovando los diseños. Ahora hacen ruanas de cuello tortuga y cuello tipo camisa, con bolsillos y bordados. Juan de la Cruz hace los paños y las ruanas en el telar, y su esposa y un ayudante se dedican a tejer a mano los accesorios: cuellos, bolsillos, bufandas, gorros, boinas y guantes.

A los 59 años, Juan de la Cruz se levanta a las cuatro de la mañana y trabaja hasta las nueve de la noche, descansa a ratos y se distrae cuidando una huerta que tiene en la casa. Ha intentado capacitar a muchachos de Cogua, pero dice que hay poco interés y que la era digital les ha arrebatado a los jóvenes la paciencia que se necesita para tejer.

JUAN DE LA CRUZ HACE LOS PAÑOS Y LAS RUANAS EN EL TELAR, Y SU ESPOSA Y UN AYUDANTE SE DEDICAN A TEJER A MANO LOS ACCESORIOS: CUELLOS, BOLSILLOS, BUFANDAS, GORROS, BOINAS Y GUANTES.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero sí al oficio referido en la historia.



13. PINTURAS TEJIDAS

Cuando **María Elcy Guzmán** cumplió dos años sus padres decidieron dejar el municipio de Tocaima e instalarse en el barrio Santa Rosa de Bogotá. Mientras su padre se dedicaba a cargar bultos en diferentes plazas de mercado, su madre trabajaba como empleada del servicio en varias casas de la ciudad. En el día María Elcy estudiaba y en la tarde se la pasaba en su casa esperando la llegada de sus padres. Al verla tan sola, una vecina que conocía la técnica del bordado en tela sobre tela –en la que se borda fuera de la pieza para posteriormente coser sobre ella– le propuso enseñarle.

María Elcy tenía diez años cuando comenzó a dedicar sus tardes a la costura de manteles, cojines, caminos de mesa, individuales y vestidos de niño.

Aprendió bordando el llamado paisaje tradicional, compuesto por vacas, burros, chivas, montañas y campesinos, y luego pasó a bordar flores, rosas, animales y diseños geométricos en telas de hilo y algodón. También aprendió a hacer cuadros de paisajes rellenos tejidos a mano en los que el dibujo de las figuras está completamente bordado.

Hace dieciocho años, a través de Artesanías de Colombia, se contactó con el diseñador Juan Pablo Socarrás, lo que le dio un nuevo impulso a su trabajo. Gracias a Socarrás conoció a Diego Guarnizo y a Francisco Leal y Karen Daccarett, con quienes viene trabajando en el bordado de chaquetas, blusas, camisetas, pantalones y faldas de diferentes colecciones. Son prendas de alta costura a las que

María Elcy se dedica por completo. No deja que otras manos toquen sus bordados, pues dice que la experiencia que le dan los 43 años que lleva en el oficio no permite improvisaciones.

Su esposo trabajó en construcción y, desde hace 20 años, se dedica a la ebanistería. Sus dos hijas, de 30 y 32 años, saben bordar y son las únicas que le ayudan con los pedidos. El próximo año María Elcy quiere comprar una casa con los ahorros que le ha dejado su trabajo. Otro de sus propósitos es enseñar lo que sabe en distintas comunidades de Bogotá. Le gustaría darles la oportunidad a muchas mujeres de conocer un oficio que las apasione. Una alternativa de trabajo distinta que, como le sucedió a ella, les cambie la vida.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



14. HILO EN LAS MANOS

Para **María Concepción Iguarán** el tejido wayuu representa la existencia de su pueblo. Nació en la comunidad Kayashirralu, en el corregimiento de Bahía Honda, Uribia, donde aprendió a tejer al lado de su madre. Al comienzo el tejido era un juego. Enredaba hilos con los que hacía mochilitas, mantas y pequeños chinchorros para los muñecos de barro. Luego fue puliendo el tejido, hizo una formación técnica en artesanías en el Sena y cursos de dise-

ño y manejo de color, pero se dio cuenta de que el conocimiento que necesitaba no lo iba a encontrar en ninguna universidad sino en la sabiduría de las manos de las abuelas.

Observando el trabajo de distintas mujeres descubrió la importancia del tejido de su pueblo y se comprometió con el oficio. A finales de la década del noventa el proyecto Identidad Colombia, creado para promocionar las artesanías del país en una

pasarela de moda en Medellín, motivó a Conchita, como le dicen desde pequeña, a reunir a un grupo de 25 tejedoras para mostrarle al mundo las mantas, chinchorros y mochilas de su tierra.

En 2004 la vida le cambió para siempre. Ese año lanzó la marca Conchita Iguarán (que hoy tiene denominación de origen), Artesanías de Colombia le otorgó el Premio a la Excelencia en el Oficio y sus creaciones se presentaron en la Semana de

la Moda de Milán. En 2008 lideró a un grupo de tejedoras para hacer las mantas, mochilas y sombreros de las candidatas al Concurso Nacional de la Belleza. Conchita también ha estado al lado de diseñadoras como Amelia Toro, para quien desarrolló chaquetas con la técnica del tejido wayuu, de almacenes como Onda de Mar, para donde tejieron 2.000 pulseritas, y de hoteles como el Taroa de Riohacha, para donde crearon la línea de lencería, los caminos de cama y los chinchorros.

Gracias al ímpetu de Conchita se consolidó el Festival de la Cultura Wayuu, la Asociación de Artesanas de Uribia y el Primer Centro de la Memoria Wayuu, que estuvo abierto al público del 26 al 29 de mayo de 2017. En la exhibición se pudieron apreciar piezas de más de 130 años de antigüedad que dan testimonio de la evolución del tejido wayuu, como una silla para montar, la faja del hombre o la ropa interior de la mujer.

Conchita tiene 59 años y lleva 40 enseñando. A su casa llegan todos los meses niñas de otras comunidades a estudiar las ancestrales técnicas del tejido. Allá tiene un taller en donde aprenden a tejer con hilo, a usar el telar, la aguja de croché y a tejer con las manos borlas y cordones planos, cilíndricos y anudados. Conchita anhela que el sector artesanal pueda organizarse y les permita a las familias que viven de la tejeduría tener un ingreso permanente. Por ahora continúa tejiendo todo el día. Para ella, tener hilo entre las manos es un vicio que ha marcado su camino.

15. COLOMBIA EN UNA CHIVA

Según **Cecilia Vargas**, el conocimiento del barro llegó a su familia por una necesidad espiritual. Su madre, Aura Muñoz, se enamoró de un pesebre italiano que había en la iglesia de Garzón, Huila. En su intento de imitarlo terminó conociendo el barro y creando diferentes pesebres que les regalaba a sus amigas. Luego comenzó a hacer canoas y casas de campo que representan costumbres campesinas y escenas de la vida cotidiana. En 1988 participó con más de 400 artesanos en un concurso que pretendía elegir un símbolo de la identidad nacional. Aura ganó con una muñeca de cerámica que llamó La orquidera, una niña mestiza con traje de holán. Desde ese momento las creaciones de la familia Vargas Muñoz se popularizaron.

Cecilia y sus nueve hermanos se criaron en Pitalito, Huila, entre el olor de la madera y el barro. Mientras su mamá trabajaba la cerámica su papá hacía tiples y guitarras. Cuando decidió seguir el camino de su madre se propuso hacer un aporte a las artesanías colombianas. Cecilia asegura que con el nacimiento de su primera hija tomó el impulso que necesitaba para adentrarse en el oficio. Con barro le dio vida a una chiva, un medio de transporte que la intrigaba por la abundante simbología que contenía.

Plasmó con tanta fidelidad los colores y los gestos de la gente que al poco tiempo sus piezas se convirtieron en referentes de identidad.

Cecilia lleva más de 40 años haciendo chivas temáticas en las que se sumerge durante meses. Tiene una chiva sobre el mundo gay en la que aparecen personajes como Freddie Mercury, Chavela Vargas y Carlos Monsiváis, otras sobre el proceso de paz, la situación de los indígenas guambianos, las fiestas de la Virgen del Carmen, el papa Francisco y Cien años de soledad, novela de la que se considera una experta. Sus chivas las han imitado en todas las regiones del país. Cecilia dice que son obras mal compuestas que no tienen los colores de las suyas ni la gestualidad de sus personajes, por eso firma con su nombre y apellido cada pieza que realiza.

En su casa tiene una reserva de bosque natural y un amplio taller en donde también elabora esculturas de animales nativos. Lleva diez años pasando proyectos para la creación de una escuela de cerámica en Pitalito, pero hasta el momento ninguno se ha concretado. Sin embargo, sigue esperando que la situación cambie y pueda enseñarles a otros todo lo que sabe. Según Cecilia, la chiva es una poderosa ventana para mirar el mundo.

CON BARRO LE DIO VIDA A UNA CHIVA, UN MEDIO DE TRANSPORTE QUE LA INTRIGABA POR LA ABUNDANTE SIMBOLOGÍA QUE CONTENÍA. PLASMÓ CON TANTA FIDELIDAD LOS COLORES Y LOS GESTOS DE LA GENTE QUE AL POCO TIEMPO SUS PIEZAS SE CONVIRTIERON EN REFERENTES DE IDENTIDAD.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



16. EL TEJIDO DE LA MUJER SAGRADA

Martha Jiménez recibe toda la información que necesita a través de los sueños. Así supo que sería médica y que tendría una importante labor apoyando el trabajo de mujeres artesanas. En sueños confirmó la importancia de comportarse con respeto para honrar la sabiduría ancestral de los ette ennaka, un pueblo indígena que habita en la costa Caribe colombiana. Martha nació en el municipio Sabanas de San Ángel, Magdalena, y en 1999 se radicó con sus nueve hijos en el asentamiento de Narakajmanta, a una hora de Santa Marta.

Su mamá tejía chinchorros de algodón y su padre tallaba asientos tradicionales y fabricaba los bastones de poder que cargan los médicos, curanderos y parteras con roble o guayacán, dos árboles sagrados que, para los ette ennaka, simbolizan la fuerza del corazón y la abundancia. Martha aprendió a tejer a los diez años. Con las motas de algodón, que después hilaba en el huso, comenzó a tejer chinchorros y mochilas en las que plasma los diseños ancestrales de su cultura: la flecha, símbolo de la caza, el sustento y la defensa; las maracas, que representan los bailes tradicionales y hacen parte de las ceremonias rituales; el armadillo, la comida sagrada, y el morrocoyo, un alimento consagrado que utilizan para curar enfermedades. Martha dice que el enfermo debe hacerse baños rituales antes de comer el alimento. Después utiliza el tabaco, un elemento clave para purificar, limpiar y proteger. Con el humo recorre el cuerpo de la persona hasta que el mal sale y se diluye en el viento.

El tabaco también lo utiliza para alejar las malas energías y concentrar toda la fuerza y la sabiduría

en el tejido de cada mochila. Cuando llega el tiempo de vender los productos en ferias ella, y otras 25 artesanas de Narakajmanta, se reúnen para realizar una ceremonia en la que invocan a Yaho (Dios). Le piden que los clientes sepan apreciar sus productos y que las proteja en todo momento. La artesana con más sabiduría teje una mochila que se ubica en el centro de la ceremonia para representar el corazón de todas las mochilas. Después del ritual la pieza se entrega a una autoridad de la etnia para que la guarde y realice con ella un trabajo espiritual.

A los 45 años, Martha asegura que su propósito es organizar a las artesanas de su pueblo en una asociación que les permita capacitar a más mujeres en temas de costo, tamaño y comercialización. Quiere que las mochilas de los ette ennaka salgan de Colombia y empiecen a conocerse en el mundo. No se trata solo de un objeto sino de un símbolo cargado de vida que representa a la mujer y a todo lo sagrado que habita en ella.

CUANDO LLEGA EL TIEMPO DE
VENDER LOS PRODUCTOS EN FERIAS
ELLA, Y OTRAS 25 ARTESANAS DE
NARAKAJMANTA, SE REÚNEN PARA
REALIZAR UNA CEREMONIA EN LA QUE
INVOCAN A YAHU (DIOS).



17. LAS JOYAS DE BARBACOAS

Heiner Cabezas tenía claro que al terminar el colegio en Barbacoas, Nariño, viajaría a Bogotá a estudiar economía. Pero hace cinco años, cuando cursaba décimo de bachillerato, algo cambió. Junto con otros 40 jóvenes del municipio fue seleccionado para recibir una capacitación en filigrana con los maestros joyeros más reconocidos de la región. Se ilusionó con el oficio y decidió postergar la economía para fortalecer otras habilidades.

Es el primero de su familia en dedicarse a la joyería. Su mamá es ama de casa y su padrastro trabaja en minería y agricultura. De sus siete hermanos solo uno lo ha seguido, pero Heiner sabe que su propósito va más allá y que parte de su misión es trabajar con jóvenes del municipio y mostrarles un camino alternativo para ganarse la vida. Es su manera de aportar a la cultura del pueblo y demostrar que la joyería es una actividad que requiere amor y paciencia.

Heiner y otros cinco jóvenes están a cargo de la Asociación de Jóvenes Joyeros Filigraneros de Barbacoas. Empezaron creando aretes y anillos de plata y, cuando afianzaron la técnica, aprendieron a trabajar el oro, que sacan de las minas del municipio. Cuando dominaron los diseños ancestrales como las reinas, (aretes grandes), la cola de pato, los barquitos y las candongas comenzaron a innovar la técnica y a crear pulseras, brazaletes, anillos, aretes, dijes y cadenas con diseños más llamativos en los que el



hilo de filigrana es un poco más grueso.

Las capacitaciones que han tenido en temas de calidad, herramientas y mezcla de materiales les han permitido ampliar el mercado y tener clientes en Cali, Pasto y Bogotá. En la asociación trabajan ocho horas diarias, la otra parte del tiempo la dedican a acercar a más muchachos al oficio. El año pasado contaron con el apoyo de 25 jóvenes y este año se les sumaron más de 40.

Los fines de semana Heiner se dedica a asesorar a grupos de adolescentes de las iglesias de Barbacoas en temas religiosos y sociales. También le gusta hacer deporte y estar en contacto con la naturaleza, una actividad que lo ayuda a relajar la mente y a ser más creativo en la joyería. El próximo año retomará el sueño de estudiar economía. A los 25 años dejará por primera vez el municipio. Sin embargo, confía en que las semillas que ha sembrado permanezcan y sigan dando frutos hasta su regreso.

HEINER Y OTROS CINCO JÓVENES ESTÁN A CARGO DE LA ASOCIACIÓN DE JÓVENES JOYEROS FILIGRANEROS DE BARBACOAS. EMPEZARON CREANDO ARETES Y ANILLOS DE PLATA Y, CUANDO AFIANZARON LA TÉCNICA, APRENDIERON A TRABAJAR EL ORO.

18. EL PODER DEL ORIGEN

La tejeduría está arraigada en el saber ancestral de la etnia misak. Para **María Jacinta Cuchillo** ha sido el poder de la sabiduría de los abuelos el que, de generación en generación, ha permitido transmitir el conocimiento. Ella aprendió al lado de su madre. A los cinco años dejó de tener tiempo para jugar y tuvo que enfocarse en los secretos del manejo de la lana, el tejido con aguja de croché y el telar vertical.

María Jacinta cuenta que con la llegada de la primera menstruación las mujeres misak deben tejer una pieza que represente cualquier vestigio de pereza y desanimo que las habite. Cuando la terminan deben ir a un río en ayunas, botar la pieza y regresar sin mirar atrás. Luego de ese ritual de armonización, tejen una mochila o una jigra que no pueden regalar ni vender y que las acompaña durante toda la vida como símbolo del conocimiento y la sabiduría adquiridos. Tanto las mochilas como las jigras representan el útero y la matriz de la mujer, por eso deben cuidarlas. De lo contrario, según las creencias de los misak, sufrirán durante el parto.

Mientras que la mochila, de forma cilíndrica y con distintos diseños geométricos, se hace con aguja de croché; la jigra, de forma cónica, se teje a mano. Las nuevas generaciones estaban olvidando la importancia de esta pieza, por lo que María Jacinta, junto con otras mujeres de Silvia, Cauca, se ha dado a la tarea de rescatar su uso en ocasiones especiales y ceremonias. Antiguamente la tejían con fique, pero ahora han incorporado la lana y el hilo.

Hace cinco años, con el objetivo de unir fuerzas y fortalecer el conocimiento, nació la asociación "enredarse con identidad", la cual agrupa a cinco

municipios del Cauca: Silvia, Corinto, Toribío, Pescador y Tambaló. Han recibido capacitaciones sobre tinturado y una vez al mes se reúnen dos representantes de cada municipio para hacer un balance de lo acontecido durante ese tiempo, organizar la asistencia a eventos y la participación en ferias.

El grupo de Silvia se llama "mujeres silvianas tejiendo con identidad" y está compuesto por siete artesanas que se reúnen todos los miércoles. La cita se ha convertido en un encuentro sagrado en el que charlan, almuerzan juntas y tejen con la fuerza de los ancestros mochilas, jigras, ruanas, cinchas, anacos (faldas tradicionales) y chumbes (una especie de faja que sostiene el anaco). A los 41 años, María Jacinta asegura que, gracias a la conexión que tiene con la naturaleza, ha podido desarrollar su oficio. La madre tierra la ha guiado en cada tejido y le ha permitido honrar con las manos el saber de los abuelos.

EL GRUPO DE SILVIA SE LLAMA
"MUJERES SILVIANAS TEJIENDO CON
IDENTIDAD" Y ESTÁ COMPUESTO POR
SIETE ARTESANAS QUE SE REÚNEN
TODOS LOS MIÉRCOLES.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



19. EN FAMILIA

Para los indígenas awá todo se aprende en familia. Así lo entendió **Francisca Teresa Canticús** cuando recibió el conocimiento que su mamá había heredado de su abuela. Su enseñanza comenzó a los cinco años en un viaje que realizó con su madre a las montañas de Nariño. El objetivo era encontrar el árbol cosedora, de donde extraen una fibra con la que las mujeres tejen las tradicionales jigras. Francisca Teresa debía conocer el proceso de preparación de la materia prima antes de aprender a tejer. Observó cómo su madre sacaba la fibra y la majaba con un palo hasta volverla tan blanda como el algodón. Luego dejaba que el sol la sacara durante tres días, la torcía hasta ponerla muy delgada y, finalmente, empezaba a hilar.

A los 10 años por fin tuvo la fibra entre sus manos. Mientras tejía su primera jigra siguiendo la forma de un espiral, comprendió la importancia que aquel objeto tiene para las mujeres de su pueblo. Según los awá, la jigra nace del ombligo de una mujer y representa los valores y el conocimiento de la etnia. Antes usaban las jigras para ceremonias y eventos especiales, pero ahora las niñas las utilizan para guardar los útiles escolares. Una de las claves es saber manejar la fibra: delgada para las jigras más importantes, y gruesa para las de uso diario.

Además de las jigras Francisca Teresa teje canastos con la fibra del bejuco de guaco. Tradicionalmente era el hombre quien tejía el canasto para reglárselo a su mujer. Los hacían hondos y anchos para cargar y mecer al bebé, y otras veces largos y estrechos para llevar leña y objetos personales. Pero hoy las costumbres se han transformado y

es común que las mujeres awá tejan canastos de diferentes tamaños para el uso cotidiano.

Con tristeza Francisca Teresa asegura que el encuentro con el árbol cosedora es cada vez menos frecuente. Para extraer la fibra debía emprender un viaje de diez horas por carretera hasta la comunidad de Sábalo, que se encuentra en la vía Pasto Tumaco, por lo que ha tenido que comprarles la fibra en tiras a mujeres que una vez al mes llegan al municipio de Barbacoas para surtir a las artesanas.

Gracias al programa “Mujer y familia” creado por su comunidad, se ha capacitado en tejeduría de lana y modistería. Descubrir otros oficios le ha gustado tanto que uno de sus propósitos es crear, junto con sus hermanas y sus diez hijos, una microempresa en la que puedan unir todos sus saberes. A los 40 años, sueña con ampliar las vías de comercialización para que los tejidos de los awá empiecen a recorrer el mundo.

A LOS 10 AÑOS POR FIN TUVO
LA FIBRA ENTRE SUS MANOS.
MIENTRAS TEJÍA SU PRIMERA JIGRA
SIGUIENDO LA FORMA DE UN ESPIRAL,
COMPRENDIÓ LA IMPORTANCIA
QUE AQUEL OBJETO TIENE PARA LAS
MUJERES DE SU PUEBLO. SEGÚN LOS
AWÁ, LA JIGRA NACE DEL OMBLIGO
DE UNA MUJER Y REPRESENTA LOS
VALORES Y EL CONOCIMIENTO DE LA
ETNIA.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero sí al oficio referido en la historia.



20. LA HERENCIA DEL TORNO

A los siete años **Jorge Chávez** ya sabía manejar el torno. Su padre fundó en Pasto *El palacio del torno*, un amplio y conocido taller en donde se hacían columnas, repisas, patas para muebles, butacas, portavasos, jarrones, platos, cofres, vasijas y bomboneras que luego se vendían en el almacén de artesanías que tenía su madre. Desde pequeño aprendió a utilizar el taladro y a hacer en el torno llaveros y botones de varios tamaños.

Jorge tenía once años cuando su padre murió. En ese momento su hermano mayor se hizo cargo del taller y él empezó a estudiar en la mañana y a trabajar en las tardes. Con el tiempo adquirió experiencia en el manejo de la madera y la utilización de las diferentes máquinas. Hace 12 años, decidió independizarse y abrir el local "Jorge Chávez taller artesanal", donde trabaja, desde hace siete años, completamente solo. Asegura que la competencia y los bajos precios no le permitieron seguir contratando a jóvenes que le ayudaban y a quienes capacitó en el oficio.

A los 51 años, trabaja diez horas diarias en una línea de diseños exclusivos que le ha permitido diferenciarse de la competencia y darle un valor agregado a sus piezas. Después de tomar algunos talleres sobre diseño, se le ocurrió utilizar el torno de una manera más creativa. En vez de elaborar los objetos simétricos que produce la máquina, generó una pequeña desviación en el aparato que

A LOS 51 AÑOS, TRABAJA DIEZ HORAS DIARIAS EN UNA LÍNEA DE DISEÑOS EXCLUSIVOS QUE LE HA PERMITIDO DIFERENCIARSE DE LA COMPETENCIA Y DARLE UN VALOR AGREGADO A SUS PIEZAS. DESPUÉS DE TOMAR ALGUNOS TALLERES SOBRE DISEÑO, SE LE OCURRIÓ UTILIZAR EL TORNO DE UNA MANERA MÁS CREATIVA.

le ha ayudado a crear jarrones, vasijas, candelabros y una diversidad de piezas asimétricas que envía a Bogotá, Cartagena y el Eje Cafetero. El famoso jarrón Galeras, ganador de un premio Lápis de Acero en 2006, es una de las tantas creaciones de Chávez.

En su tiempo libre se dedica a sacar adelante la Fundación de Artesanos Galeras, creada hace tres años para resaltar las artesanías del departamento. Jorge ha conseguido realizar varias capacitaciones

con el Sena y afianzar convenios con la gobernación de Nariño que han fomentado la asistencia de los artesanos a ferias. Aunque afirma que la artesanía se ha estancado en Pasto, renunciar a la herencia del trabajo con el torno que le dejó su padre no es una opción. Dice que aún tiene fuerzas para darle un nuevo impulso a su taller, volver a participar en ferias y proyectar de una manera más eficaz sus creaciones.

21. VAJILLAS DE EVOCACIÓN NATURAL

Elizabeth Erazo creció rodeada del olor de la madera, sintiendo la fuerza y la calidez del material en cada pieza que salía del taller de sus padres, dos precursores de la talla de madera en Pasto. Su papá hacía cofres, vírgenes con sombrero, frutas y patos mientras su mamá realizaba caballos de cedro en diferentes posiciones y bandejas en formas de animales que le compraron clientes de Francia, Miami, Nueva York, Australia y Alemania. A los nueve años, Elizabeth comenzó a crear pequeñas tortugas con las que se instruyó en la técnica de la talla y la lija de la madera, y a los 17 realizó un curso de decoración en tamo y barniz de Pasto.

Después de que su padre sufriera un accidente cerebro vascular, su madre tuvo que asumir la dirección del negocio, al cual llamó taller artesanal Esperanza Cuacés. Para enfrentar a la competencia, se lanzó a crear vajillas talladas en madera de urapán. Como no sabía dibujar, Elizabeth y su hermana menor la ayudaban a hacer las plantillas y los dibujos. Entre todas investigaron cómo manipular el urapán, el cual debe trabajarse verde, ya que al secarse la madera se pone dura y se parte con facilidad. Aprendieron a medir el uso de la cera y la laca para hacer las piezas más resistentes, y a utilizar barnices de colores vivos que les dan atractivas tonalidades a los productos.

Primero sacaron la línea romántica, una vajilla de piezas cuadradas, después llegó la línea otoño, con la forma de una hoja alargada; la línea Victoria, compuesta por piezas redondas, y la línea Urapán, una creación de Elizabeth con platos en forma de hoja pintados de rojo. Su madre fue elegida como la mejor talladora de Nariño y en 2012 recibió la Medalla a la Maestría Artesanal, pero hace un par de

años le diagnosticaron párkinson y tuvo que alejarse del oficio.

Mientras su hermana se dedicó a la talla de muebles y a la carpintería, Elizabeth asumió la dirección del taller de sus padres. Sin ninguna ayuda se ha dedicado a continuar con la producción de las vajillas y a crear caballos, gatos y palomas que le piden por encargo. También decora algunas piezas en las que

mezcla figuras precolombinas con flores y colibríes realizados con la técnica del tamo.

Elizabeth tiene 49 años y vive con sus padres, una hija y dos nietas. Cuando no está en el taller le gusta trabajar por la comunidad y ayudar a recuperar los bosques y las quebradas de la ciudad. Para ella, el contacto con la naturaleza y la cercanía a la madera hacen parte de su herencia natural.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

22. LOS COLORES DE LOS INGAS

Cada dos meses **Ana Mitacanoi** asiste a una ceremonia de yajé en la selva del Putumayo para honrar las costumbres de su pueblo. Desde muy pequeña recuerda haber acompañado a sus padres, dos sabedores y taitas del resguardo indígena de Condagua, a 30 minutos de Mocoa, a realizar ritos y ceremonias ancestrales de la etnia de los ingas. A través de la planta sagrada se conectan con colores y diseños que luego plasman en mochilas, collares y manillas de chaquiras, así como en bateas de madera donde preparan la yuca y la carne.

Para los ingas el amarillo es el sol y la alegría, el verde la fuerza de la naturaleza, el rojo la sangre que se ha derramado y el azul el agua que los acompaña en los ríos que atraviesan su territorio. Las mochilas se tejen a mano con la fibra de las hojas de la pita que crece en las selvas tropicales, la cual se tintura con achiote, cúrcuma, palo de sangre y la cáscara del sarandango, de la que salen los tonos negros, marrones y azules. Ana comenzó a tejer mochilas a los ocho años, después conoció los diseños que han entregado los sabedores ingas, como la montaña, el vientre, el sol y el nido del pájaro, y luego recibió el permiso para hacer las coronas con plumas de lora que adornan la cabeza de los taitas que dirigen la ceremonia del yajé.

También hace collares, manillas y aretes en chaquiras de colores y semillas de achira. Uno de los diseños más importantes es el del cascabel, el cual se plasma en collares largos para proteger a la

persona que lo carga de las malas energías. Ana no tuvo hijos, pero les ha transmitido su conocimiento a sus sobrinos y a muchos jóvenes de su comunidad que la han buscado para aprender con ella las diferentes técnicas del tejido.

A los 41 años teje cuatro horas diarias. El tiempo que le queda libre lo divide entre la agricultura y la labor que desempeña en la Asociación Iuiawasi, que traduce casa del pensamiento. Desde 2011, dieciocho mujeres y dos hombres se reúnen una vez a la semana a tejer en comunidad, realizan mingas y preparan platos típicos con carne o pescado asado, yuca y ají. Ana y sus compañeros sueñan con tener una tienda en el resguardo que les permita vender sus productos y compartir con otras comunidades un pedazo de la sabiduría inga.

PARA LOS INGAS EL AMARILLO ES EL SOL Y LA ALEGRÍA, EL VERDE LA FUERZA DE LA NATURALEZA, EL ROJO LA SANGRE QUE SE HA DERRAMADO Y EL AZUL EL AGUA QUE LOS ACOMPAÑA EN LOS RÍOS QUE ATRAVIESAN SU TERRITORIO. LAS MOCHILAS SE TEJEN A MANO CON LA FIBRA DE LAS HOJAS DE LA PITA QUE CRECE EN LAS SELVAS TROPICALES

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



23. EL PIANO DE LA SELVA

La primera vez que **Baudilio Guama** tocó una marimba de chonta fue a los cinco años. El instrumento llegó a su casa gracias a un intercambio que su papá, un indígena del corregimiento de Tigre, Putumayo, realizó con un músico de Guapi. A cambio de varias libras de panela, sal y café, la música se instaló en su casa. A los siete años, Baudilio dominaba la marimba. Sabía tocar los ritmos del amador, que hoy se conoce como bambuco viejo, y del fango, hoy llamado currulao. A los doce años quiso aprender a tocar guitarra, pero el sonido de la chonta se le metió en la sangre y se apoderó de su corazón.

Cuando nació Alí, su primogénito, decidió hacer su primera marimba. A punta de memoria sonora fue construyendo el instrumento. Al poco tiempo lo empezaron a buscar para que reparara marimbas dañadas y para que se involucrara con grupos folclóricos. También lo llamó el padre Miguel Ángel Mejía para que fuera a Buenaventura a cambiar la tonalidad de unas marimbas con tablillas de madera que habían llegado de África. A los 24 años, Baudilio cambió la madera por chonta, las afinó y las regresó por barco a su destino.

Después empezó un largo periodo de trabajo como empleado público. Durante ocho años fue policía en el corregimiento El Reposo, en el municipio de Apartadó, y luego se desempeñó como supervisor de empresas comunitarias. El tiempo libre lo dedicaba a la elaboración de marimbas tradicionales, que son las que se afinan a punta de oído, y a las marimbas 40x40, que se afinan para tocar partituras. Una propuesta que le hicieron de la Casa de la Cultura de Buenaventura para trabajar como instructor de música folclórica lo motivó a



CUANDO NACIÓ ALÍ, SU PRIMOGÉNITO, DECIDIÓ HACER SU PRIMERA MARIMBA. A PUNTA DE MEMORIA SONORA FUE CONSTRUYENDO EL INSTRUMENTO. AL POCO TIEMPO LO EMPEZARON A BUSCAR PARA QUE REPARARA MARIMBAS DAÑADAS Y PARA QUE SE INVOLUCRARA CON GRUPOS FOLCLÓRICOS.

dejar El Reposo y a conectarse definitivamente con su pasión.

Durante los doce años que estuvo dedicado a la enseñanza motivó a jóvenes que empezaron a seguirlo y a observar la manera en que su maestro secaba la chonta durante seis meses antes de empezar a construir el instrumento. Baudilio es capaz de fabricar más de 200 marimbas al año y otros instrumentos tradicionales del Pacífico sur como la guasá, una especie de sonajero, el cununo, un tipo de tambor, y el bombo.

Ha realizado diversos talleres en Tumaco, Guapi, la Costa Atlántica y Bogotá, pero el momento más célebre de su vida sucedió cuando el Ministerio de Cultura lo invitó en 2011 a Washington, donde construyó una marimba de 20 teclas y conoció personalmente al presidente Obama. A los 69 años, Baudilio no para de trabajar. Asegura que ahora todos quieren tener una marimba de chonta. Su sonido no tiene fronteras, por eso ha conquistado el corazón de tanta gente.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

24. LA SEDUCCIÓN DE LOS METALES

Wilfredo Méndez conoció la joyería a los 15 años cuando el esposo de una prima, que era joyero, le propuso trabajar con él durante unas vacaciones. En unos meses aprendió la técnica del calado y el troquelado, e hizo sus primeros anillos y pulseras de plata con diseños de rosas. Cuando terminó el bachillerato realizó estudios en técnica industrial de mecánica automotriz, pero al poco tiempo se dio cuenta de que los metales lo seducían por su brillo y versatilidad, y decidió enfocarse definitivamente en la joyería. Durante varios años trabajó con el esposo de su prima, perfeccionó la técnica y aprendió cómo sacar adelante un taller.

En 1989 se lanzó y abrió su propio negocio. Lo llamó WM Joyeros –por las iniciales suyas y las de su esposa–, pero hace tres años, con la asesoría de Artesanías de Colombia, decidió renovar el logo y cambiar el nombre. Inspirado en la tradición yoruba bautizó al taller OGGUN, que es el nombre del dios de los metales. Para Wilfredo es una manera de reconocer sus ancestros africanos y el legado de su padre, un ebanista que vivió en Venezuela y que solo pudo conocer cuando cumplió 22 años.

El taller y el punto de venta se encuentran en el Parque Artesanal Loma de la Cruz, en Cali. Allí hace anillos, camándulas, aretes, pulseras y cadenas de oro y plata. También tiene una línea de bisutería de bronce inspirada en las flores de la costa Pacífica y los rasgos de las mujeres afrocolombianas. Asegu-

ra que los dijes que más le piden son los que tienen la forma y el relieve de los crespos de las negras.

Hace dos años Wilfredo descubrió que podía ampliar el conocimiento de los metales creando objetos artesanales. El tema lo entusiasmó tanto que realizó una línea de pailas martilladas de cobre, bronce y aluminio que se utilizan como fruteros y centros de mesa. Ha tenido tanto éxito que ahora está desarrollando una serie de pailas pequeñas en las que combina la técnica del calado y el martillado. A los 53 años, dice que le gustaría abrir otro punto de venta en Cali y empezar a dedicarle más tiempo a la artesanía. En la cabeza ya le dio forma a sus próximas creaciones: unas canoas y bandejas con silueta de pescado. Su propósito es hacer objetos bellos y utilitarios que reflejen la pasión con la que hace su trabajo.

HA TENIDO TANTO ÉXITO QUE AHORA ESTÁ DESARROLLANDO UNA SERIE DE PAILAS PEQUEÑAS EN LAS QUE COMBINA LA TÉCNICA DEL CALADO Y EL MARTILLADO

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



25. PORTADORA DE LA TRADICIÓN

Leticia López nació en la comunidad cubea de Puerto Timbo, bajo Vaupés. De la mano de su padre aprendió todo lo relacionado con la historia de su pueblo. Fue él quien le permitió observar cómo se tallaba un banco Tucano, símbolo de estabilidad y sabiduría, para luego encomendarle la importante tarea de brillarlo. Junto a sus hermanos, tres mujeres y cuatro hombres, pintaba los diseños de las yanchamas, cuadros tribales que representan la simbología de la etnia, tallaban bastones de mando y hacían collares con las semillas de la carambola. Con su mamá, que era de origen brasileño, aprendió a tejer bolsos, sombreros y escobas de cumare.

A los 17 años se casó y se instaló con su esposo, que pertenecía a la etnia tucano, en la comunidad de Acaricuara, a 110 kilómetros al sur de Mitú. Allí continuó ejerciendo el oficio durante 12 años hasta que a su esposo le propusieron ser fiscal del CRIVA (Consejo regional indígena del Vaupés). Con el nombramiento tuvieron que trasladarse a Mitú, donde Leticia se desempeñó como instructora de artesanías indígenas del Sena y secretaria suplente del CRIVA.

Hace seis años la vida le dio un vuelco cuando mataron a su esposo por motivos políticos. Para sacar a sus dos hijos adelante decidió abrir un local en Mitú donde hoy trabajan diez artesanas. El lugar se llama Mujer Tejer Saberes y, según Leticia, puede ingresar cualquier persona que esté dispuesta a aprender.

Con cumare hace sopladores, que los cubeos usan para voltear el casabe o avivar el fuego, aretes, manillas y bolsos. Con la fibra del guarumo teje a mano urutus, canastos milenarios que se usaban para cargar objetos personales y hoy sirven para guardar ropa y zapatos. También hace pantallas,

canastos altos de boca ancha que se emplean en la recolección de frutas, y cernidores para hacer casa-be y fariña, y colar el jugo. Con yanchama y cumare teje las faldas típicas, las cuales llevan diseños geométricos pintados con achiote, greda blanca y amarilla que representan la cosmovisión cubea.

A los 56 años, Leticia quiere rescatar el pasado, por eso se la pasa investigando puntadas y antiguos diseños que pueda llevar a sus creaciones. Sin embargo, le preocupan las nuevas generaciones y asegura que la única manera de motivarlas es con el apoyo de la gobernación del Vaupés. Se necesitan más materiales y espacios dotados para el trabajo de la artesanía. Ella, que lleva el conocimiento en las manos, está dispuesta a entregarlo todo para preservar la importante memoria del pueblo cubeo.

CON CUMARE HACE SOPLADORES, QUE LOS CUBEOS USAN PARA VOLTEAR EL CASABE O AVIVAR EL FUEGO, ARETES, MANILLAS Y BOLSOS. CON LA FIBRA DEL GUARUMO TEJE A MANO URUTUS, CANASTOS MILENARIOS QUE SE USABAN PARA CARGAR OBJETOS PERSONALES Y HOY SIRVEN PARA GUARDAR ROPA Y ZAPATOS.



ARTÍFICES No. 8

Gerente General

Ana María Fríes Martínez

Jefe de la oficina asesora de Planeación en información

Sara Consuelo Sastoque Acevedo

Gestión del conocimiento

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Comité editorial

Ana María Fríes Martínez

Laura Samper Blanco

Camilo Rodríguez Villamil

Leila Marcela Molina Caro

Felipe Suarez

Coordinación editorial

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Textos

María Alexandra Cabrera

Diseño editorial

Laura de Gamboa

Fotografía objetos

Iván Ortiz y Fabián Parra

Fotografía artesanos

Fabián Parra

Fotografía introducción

Eric Bauer

Preprensa

Finaltouch

Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

© ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el previo permiso escrito de Artesanías de Colombia.

Calle 74 No. 11-91
www.artesaniasdecolombia.com.co

Catalogación en la Publicación Artesanías de Colombia

Artífices 8 / Artesanías de Colombia. – Bogotá : Artesanías de Colombia, 2014- . -- No. 1 (2014)-No. 8 (2017).

Volúmenes : ilustraciones ; 27 cm.

Semestral

ISSN: 2357-5352

1. Artesanías - Investigaciones - Colombia - Publicaciones seriadas --

2. Artesanos - Colombia - Publicaciones seriadas -- 3. Desarrollo artesanal - - Colombia - Publicaciones seriadas -- 4. Oficios artesanales - Colombia - Publicaciones seriadas I. Colombia. Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Artesanías de Colombia

745.5--dc23

JMCH/CENDAR